

Los Lunes de El Liberal

DIRECTOR, DON ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

LIBERTAD
PARA TODAS LAS OPINIONES.

NO SE DEVUELVEN

LOS ORIGINALES

15 DE DICIEMBRE DE 1879.

Madrid.

La última semana ha sido una semana política.

La vuelta del Sr. Cánovas: he aquí el único asunto que ha preocupado a Madrid. Pensando en ello, ni la alta sociedad ha bailado, ni los teatros han estrenado obras, ni los criminales se han permitido dar materia para alguna causa celebre.

Cierto que se han referido lances, de esos en que el honor se lava con sangre para dejarlo mas claro; pero esos hechos, por su naturaleza, deben quedar en el misterio.

También en esta semana, alguno ha tenido el fin trágico del capitán Febó; es decir, se ha casado.

No han faltado, pues, delitos. Pero de esos delitos que la sociedad apadrina y aplaude.

Hablar de París, hoy, es hablar de Madrid: hablemos de París.

El gran pueblo pedía antes para los inundados de Murcia y hoy tiene que pedir para él. El agua, inunda; el frío, hiela. La diferencia está en que la inundación no repara en categorías, y el frío solo es temible para los pobres.

Por eso, sin duda, el frío es eminentemente aristocrático. Mientras haya chimeneas y pieles y coches, ¿qué importa que hiele? El frío es la ausencia del calor y el calor se compra.

Y hay todavía quien se atreve a insultar al oro, llamándole vil metal y materia despreciable. ¿Que responda el parisiense que, detrás de los cristales del balcón mira sobre la nieve los pájaros que han caído muertos de frío.

Alguna vez, admirando la gentileza con que andaban, la gracia de sus movimientos, sus alegres cantos, el modo plúmbeo y el dominio que sus ligeras alas les da sobre el hombre y el mundo... alguna vez hemos dicho: ¡Quién fuera pájaro!

Pero al verlos sobre la nieve heridos por la inclemencia de la estación, ¿quién no compadecerá su triste suerte?

Se ve, pues, que ambicionar ser pájaro es una ambición censurable.

Que en estas épocas es mejor ser, pura y simplemente, hombre.

No insultéis, por lo tanto, el oro. Si esas pobres vacillas pudieran abrir el pico y hablar, os dirían:

Ser pájaro es solo ser feliz a medias: la verdadera felicidad sería ser pájaro... y tener dinero.

Dejemos a los pájarillos enterrados en la nieve. Las sociedades protectoras de los animales acaso encontrarán medio de evitar la repetición de este caso. ¿Que necesitan los pájaros para no morir de frío? un abrigo: un paletó, un carril, un capó, un sastré.

Dejémoslos y atámbolos a los toreros de España discutiendo por las calles de París, tal como los describe el correspondiente de La Correspondencia.

La embajada de París ha sido siempre la mas alta aspiración de los hombres de Estado españoles. Representar a España en París, capital de la civilización, era representarla ante el mundo. El primer español es, sin duda, el embajador de París.

Pero esta representación la da el gobierno, tal vez a un hombre que no es guapo, ni apuesto; que no tiene gracia; que viste de levita y sombrero de copa; un español, en fin, según la fotografía; pero no según las estampas. No puede ser, por lo tanto, un verdadero español en París.

Al fin los parisienses iban a ver el tipo auténtico, genuino, nacido de los amores de Venus y un toro, que viste chaquetilla corta con halmores y chaleco de escote, y que se cubre la embandolinada cabeza con sombrero canañé.

No iban por ver París: iban a que París los viera. Iban a rehabilitar a Alejandro Dumas y a Teófilo Gautier, cuyas afirmaciones sobre España habían sido puestas en duda.

Pero nuestros toreros se olvidaron de llevar consigo el verano, y al sacar la nariz por el ventanillo del tren que llegaba a París, le saludaron con un estornudo.

Y antes de ir al hotel se detuvieron a comprar un ruso y unos guantes de abrigo.

Es preciso decirlo. No han estado a la altura de su misión. Su traje era, por decirlo así, un uniforme; con él debían haberse presentado. Y si la capa les abrigaba poco, han debido, como César, envolverse en ella, y morir.

¿Que dirán los franceses cuando pregunten donde están los toreros, y les contesten: esos son; y vean unos bultos informes, como elefantes puestos de pié, con rostros afeitados, con dos cuernos de pelo pegados sobre las sienes y unos brazos caídos que terminan en guantes del tamaño de esos otros, rellenos de salvado, que cuelgan aún sobre las puertas de las guanterías?

—Eso—dirán—eso no es... no puede ser un torero.

Y las damas de París, que tienen llena la imaginación de fajas, y coleas, y banderillas, y capotes, y toros y toreros gallardos, audaces, despreciadores del peligro y de la vida, héroes de las orgías y del amor?

¡Qué desengañó!

Ellas, que estaban dispuestas a dejarse robar por un espada, por un banderillero y hasta por un mono sabio.

¿Serán capaces esos toreros de hacer el paseo en el Hipódromo con ruso y con maniquí?

¡Oh dolor! España ha muerto.

El Gordito ha regalado a Gambetta una de las espadas que ha usado en muchas corridas.

Y al entregársela le ha dicho:

—Por si quiere Vd. descabellar cualquier día a Don Paul de Cassagnac en el Parlamento.

A Lagartijo le llamaron la atención sobre lo que decía un periódico. Decía que era título de Castilla.

Lagartijo se quedó pensativo y luego exclamó:

—Pues haga Vd. que lo rectifiquen... porque eso me perjudica.

No hay poetas en España dignos del siglo.

Si los hubiera, habrían escrito ya un poema sobre la campaña musical del Sr. Rovira.

Sus propósitos fueron heroicos. El aspiró a representar óperas hasta con decoraciones.

Se rodeó de directores de orquesta, de primas donnas célebres y famosos tenores, de numerosos y distinguidos cantantes.

El público aplaudía a los cantantes y solo silbaba las óperas.

Con tan magnífica y abundante compañía, podría ser dichoso si pudiese dar función.

Pero desgraciadamente pasa en el Real lo que en ciertos restaurantes. Ve Vd. en el escaparate unas magníficas cauletas y entra Vd. y pide que se las sirvan.

—Estas no son las chuletas que yo he pedido —exclama Vd.—aquellas son mejores.

—Aquellas son mejores—contesta el mozo—pero son de cera.

Pues bien, los magníficos cantantes del Real son de cera también.

En cuanto forma parte de esta empresa un cantante, enferma de garrotillo.

El Sr. Rovira no es un empresario de ópera. Es el director de un hospital de cantantes.

Un lunático.

El matrimonio en Francia.

Há pocos meses publicó el *Journal Officiel* el movimiento de la población en Francia durante el año de 1877, y de él resulta, entre otras cosas dignas de estudio, que disminuye cada año el número de los matrimonios. En 1872, año siguiente al de la terrible guerra franco-prusiana, hubo, por excepción, 332.754 casamientos, cifra extraordinariamente considerable que no se explica sino por la mayor actividad que en todo se desenvuelve después de un período de guerra: disminuyó, como era consiguiente, en 1873, año ya normal y tranquilo, y el número de matrimonios fué de 321.238: desde esta época el descenso es cada año mayor, como lo muestran las cifras siguientes:

Año de 1874.....	309.113
1875.....	300.427
1876.....	291.366
1877.....	279.094

Estas cifras son elocuentes, entre otras razones, porque no hay causa clara y manifiesta para explicarlas. La riqueza pública no ha disminuido, sino antes por el contrario, se ha acrecentado, como lo demuestran datos estadísticos sobre este particular publicados y hasta el mismo estado general del país; no ha habido guerra, ni siquiera perturbación en este período; las crisis políticas, si bien algunas veces se han presentado, señaladamente después del 16 de mayo con caracteres alarmantes, se han resuelto a la postre en bien de todos y sin menoscabo del orden público; las mismas derrotas sufridas durante la última guerra con Alemania han servido para engendrar una reacción moral profunda y saludable en todas las clases del país, avergonzando, aunque tarde, de la corrupción que antes en él prevalecía; todo, en fin, ofrece, a lo menos en el exterior, un espectáculo de renovación y de tranquilidad completa, y sin embargo, el número de matrimonios es cada año menor, habiendo disminuido en mas de 42.000 en 1877 con relación a los que se verificaron en 1873.

Que el hecho, como todos los que a la población se refieren, es complejo, y que, por lo tanto, solo puede ser explicado por gran número de causas, no cabe dudarlo; pero parecemos no exagerar nada, ni andar muy descaminados, si damos capital importancia entre todas ellas a una sola, la manera esencial y casi exclusivamente interesada con que, por lo general, es hoy considerado el matrimonio en Francia. El casamiento por amor va siendo cada día mas raro en este país. Se casa fácilmente, y por lo regular en edad un tanto temprana, la joven perteneciente a familia rica ó bien acomodada, de cualquiera clase que sea, que lleva una dote crecida ó la esperanza cierta de heredar, en no muy largo plazo, gran caudal; pero ni en las ciudades, ni hasta en los campos, puede prometerse hoy crear honrada familia la que no cuente con los recursos en gran parte necesarios para sostenerla. Las jóvenes lo saben; saben que ni la hermosura del alma, ni la del cuerpo han de cautivar a nadie, en lazos indisolubles, si no van acompañadas de algo mas positivo é inmediato que sirva para sobrelevar las cargas del matrimonio, y este triste convencimiento, el primero que adquieren al llegar al período de su juventud, es una de las causas que mejor explican esa emigración continua, numerosísima, de las hijas de los campos y pueblos pequeños a las grandes ciudades. Allí van a buscar fortuna por toda clase de medios, unas para volver al punto donde nacieron y encontrar, merced a sus ahorros, compañero para el resto de su vida; otras, menos afortunadas, para morir miserablemente en hospitales, casas de maternidad y asilos, y otras, mas desdichadas aún, para arrastrar existencia vergonzosa, hasta que desaparecen oscuramente víctimas del vicio y de la miseria.

Lo necesario, lo indispensable es allegar un capital en relación con las aspiraciones mas ó menos modestas que cada una de esas jóvenes se propone realizar. No creo que haya en el mundo mujer mas económica que la francesa: ha recibido esta cualidad por herencia y, además, cualquiera que sea su condición, la ha desenvuelto como la primera y mas imperiosa necesidad de su vida. La pobre joven que ha dejado el hogar de sus padres para encontrar fortuna entre el tumulto de la vida económica

moderna en las grandes ciudades, no tiene mas recurso para salir victoriosa en su empeño, que el ahorro; y ahorra siempre, ya viva en París en el barrio latino del estudiante, ya pase el día y gran parte de la noche trabajando casi sin luz y sin aire en esos modestos talleres donde se confeccionan los artículos llamados de París; ya, en fin, sirva como criada en hoteles, restaurantes y casas particulares. Así se desarrolla en ellas ese amor al interés, origen de muchos vicios, que tanto repugna al extranjero en Francia, y es que este no sabe ó lo olvida que aquella propina que tan ansiosamente se busca por cuantos medios la solicitud ó la oficiosidad pueden inventar, está destinada en el pensamiento de aquella joven a redimirla de su triste soledad y a elevarla a la noble categoría de madre de familia.

Los hombres no tenemos idea de lo que debe sufrir una joven tierna, cariñosa y buena, con fuerzas y voluntad para crear y embellecer, al lado de un hombre digno, un nuevo hogar, y que ve pasar unos tras otros los años y los meses perdiendo las gracias de su juventud y hasta las esperanzas de encontrar para ella suave y blanda la carga del matrimonio. Nosotros todos pasamos ciertamente por un período en que la soledad nos hace daño, y sentimos, hasta en el verano, frío dentro de nuestra casa, no embellecida ni caldeada por la presencia de una mujer honesta, objeto de nuestro cariño y respeto, pero esto dura poco; la vida pública tan exuberante en nuestros días, ahoga pronto estos hermosos sentimientos, y además siempre tenemos el medio, y por esto mismo acaso lo empleamos menos, de satisfacer mejor ó peor, con buena ó mediana suerte, esta verdadera exigencia de nuestra alma. Pero la pobre joven carece de este recurso; en esto, como en todo, le está vedada la iniciativa, y el único y triste consuelo que la queda es el renovar cada mañana en sus mejillas una frescura que los años se han llevado, el flagir una indiferencia que no siente, ó el allegar a fuerza de privaciones ó por cualesquiera otros medios un capital que, a la postre, le proporcione el gozo inefable de estrechar un hijo, habido en legítimo matrimonio, contra su seno. ¡Cuántas lágrimas deben derramar a solas y en silencio esas infelices adelantadas en años, cuando piensen en lo dichosas que serían gobernando su casa, rodeando de atenciones y cariño al amado de su corazón, pagándole con callada gratitud su elección, y teniendo siempre fija el alma en la mirada de sus hijos! ¡Con qué secreta y penosa envidia no deben contemplar en calles y paseos a esas otras mujeres, ciertamente dichosas, que, olvidadas de todos, y entregadas a su propia felicidad, van del brazo de sus maridos, llevando de la otra mano el fruto bendito y honrado de sus amores!

Con mas ó menos viveza, esto lo siente siempre la mujer soltera en cierta época de su vida, y si hay alguna que no lo ha sentido, esa, de cierto, no merece cambiar de suerte. No es, pues, de extrañar que por alcanzar ese fin, que tanto anhela; por llegar a la dignidad de esposas, hagan todo género de sacrificios, sobre todo cuando saben que solo reuniendo un capital mas ó menos considerable, pueden lograr lo que se proponen. Pero esto, como es natural, no solamente disminuye de una manera extraordinaria el número de matrimonios, sino que no dá a los que sobre tal base se forman las mejores garantías de paz y ventura doméstica para lo futuro.

Digase lo que quiera, la ley de la familia es el amor, y solo cuando éste existe como principio y fundamento de la misma, nace esa comunidad de sentimientos é intereses que funde dos existencias distintas en una. No quiere esto decir que no deba ser considerado con previsora atención, por parte del hombre y de la mujer, el lado meramente económico del matrimonio; el hogar es cosa bien bella, y los hijos, son el encanto del alma y la satisfacción mas pura de la vida; pero para que haya tranquilidad en el uno y puedan los otros cumplir su fin, son necesarios recursos seguros que, cuando es posible, deben allegar por igual los que han creado la familia. Si esto es necesario preverlo, y hasta lícito el buscarlo, es indigno ó poco menos, no consultar otra voz que la del interés en acto tan grave, y de cuyo tan puro como el matrimonio. Constituyese, de esta suerte, no esa personalidad que realiza por su cooperación orgánica un fin total común, sino la unión de dos individuos ligados por un contrato para el acrecentamiento de sus respectivos intereses. Formado de esta suerte, el matrimonio pierde gran parte de su dignidad y queda reducido a lo que desdichadamente va siendo entre cierta clase de gentes, en las grandes poblaciones de Francia, una especulación para el marido, una satisfacción del amor propio para la mujer, y para los dos algo que semeja a una sociedad mercantil encaminada a ganar la mayor suma posible de dinero.

Así se explica esa corrupción de costumbres que, según es fama, existe en el seno de ciertas clase de familias en las grandes ciudades de Francia, y ese desdago que en ocasiones llega hasta la indiferencia en las relaciones de padres a hijos. La madre es, antes que todo, un agente productor lo mismo que el padre. Si él es obrero y trabaja diariamente en su industria, ella hace por su parte lo mismo, y gana a veces mas que su marido. Cuando uno y otro son honrados y previsores se afanan por vivir con lo estrictamente necesario, y aumentando de esta suerte sus ahorros, llegan lo mas pronto posible a trabajar independientes, por su cuenta. Aun cuando este caso llega, la mujer continúa siendo un elemento productor indispensable. En toda industria, desde la mas modesta tienda de comestibles hasta el comercio en grande, hay siempre dos clases de trabajo: uno activo, en constante relación con el público y que demanda vigor muscular y rapidez en el servicio; otro pasivo, de vigilancia, de constante inspección y que lleva con exactitud la cuenta de las operaciones diarias. El primero lo desempeña el marido y el segundo su mujer, no pudiéndose decir cuál de los dos trabaja mas ni con mayor provecho para el fin que les es

común. Convertida la esposa en socio industrial y capitalista de su marido, es imposible que cumpla, cuando los hijos vienen, sus deberes de madre. Llevados a un pueblo, no tanto por lo mas sano del sitio como por lo mas económica del precio, la nodriza se encarga de ellos, siendo bien afortunados los que sobreviven a esta primera y ruda prueba, consecuencia necesaria de semejante organización de la familia. Si los padres, a fuerza de trabajo, de prevision y de ahorros prosperan en su industria y llegan a alcanzar posición desahogada, los hijos varones se educan en colegios, siguen una carrera científica ó continúan con mayores elementos la industria ya próspera y asegurada de sus padres, mientras que las hijas calculan por la importancia de su dote la calidad del hombre que ha de venir infaliblemente a pedirles en matrimonio. Tipos de familia como este son numerosísimos en todos los puntos de Francia, y señaladamente en sus grandes ciudades. No se encuentra en ellos ni corrupción moral ni falta de respeto, siquiera en las relaciones reciprocas de ambos cónyuges, ni mucho menos nada que semeje a desconocimiento de sus principales deberes, como padres; pero el hogar, tal como lo entendemos los españoles, está de continuo frío; la familia carece en el interior de la casa de ese centro, la madre, de donde se irradian el calor, los mas dulces sentimientos y las mas bellas pasiones, y todo aquello, sin ser malo, respira una atmósfera de interés material que penetra y domina por completo en las relaciones de marido y mujer, de padres é hijos, de hermanos entre sí.

Esto es lo que mas ofende en la familia francesa tal como se va constituyendo en todas partes, y esto es, a mis ojos, lo que principalmente origina esa notable disminución en el número de matrimonios que acusan los datos estadísticos de estos últimos años. No se casan las mujeres pobres sino en pocos casos, y siempre para ayudar, por su parte, trabajando en cualquier ramo de la industria, a sobrelevar las cargas comunes; no se casan tampoco por vicio, por cansancio, y por otro gran número de causas difíciles de explicar, gran parte de los obreros, y muchos hombres de la clase media; no se casan sino por su dote, las ricas, lo cual no comunica grande alteza al matrimonio, ni es garantía de futura bienandanza para los dos; no se casan las medianamente acomodadas, sino para acrecentar, juntamente con el marido, el caudal de la nueva familia; de suerte que, por un lado, los casamientos disminuyen, y por otro los que se llevan a cabo van tocados de un utilitarismo que si no los degrada les quita algunas de sus mas bellas propiedades.

No es fácil, sin una gran reacción moral, que mejore un estado de cosas semejante. Imposible es resucitar en estos tiempos aquellas leyes con que la antigüedad, en casos análogos, estimulaba a los hombres a casarse: hay que esperar todo el progreso de las costumbres, algo perversidad en verdad por este inmoderado afán de hacer fortuna a toda costa, y no poco también por la actual organización del trabajo.

J. F. GONZALEZ.

El agua del Lozoya.

Sr. D. Isidoro Fernandez Florez.

Mi querido amigo y compañero: habiéndome ocupado hace algun tiempo de la cuestión de las aguas del Lozoya, me creo en el caso de dirigir a Vd. unas cuantas líneas que sirvan de respuesta y contradicción a ciertas apreciaciones consignadas en un artículo relativo al mismo asunto publicado en la hoja del lunes 8 por el Dr. Parada y Santin; y cierta mente no lo haría si no tuviera la certeza de que, siguiendo los consejos que se dan en el referido artículo, podrían ocasionarse graves perjuicios al vecindario de Madrid.

El Dr. Parada propone como medio de clarificar las aguas en las ocasiones en que vienen a Madrid turbias, el establecimiento de grandes filtros a través de los cuales pasara el agua antes de entregarse al consumo del vecindario. Durante la gran turbia de junio y julio de 1878, tuve ocasión de filtrar algunas cantidades de agua del Lozoya con objeto de averiguar el peso de las materias sólidas que cada metro cubico tenia en suspensión; y pude observar—como lo han observado tambien otras muchas personas que se ocupan de estos asuntos—que no sólo los grandes filtros de grava, arena, carbon en polvo, lana, esponja, etc., que se emplean en otras poblaciones, sino los mismos carbones porosos y las arcenicas que se emplean para filtrar cantidades mas pequeñas de liquido, y aun el papel de filtro mas escogido que apenas deja pasar una gota en cada minuto, eran ineficaces para detener la sustancia que quita la transparencia y da color al agua del Lozoya, y que no consiste en polvo silíceo ni en materias orgánicas muy fáciles de filtrar, sino simplemente en arcilla ferruginosa en estado de grandísima división.

Siendo esto así, si el ayuntamiento de Madrid gastara algunos miles de duros como el Dr. Parada le propone en filtros para el agua del Lozoya, emplearia su dinero tan en valde, como en hacer ver al pueblo la salamandra de fuego, etc.

Dicase en el artículo, y es precisamente, exacto, que hay en los depósitos de Madrid agua para abastecer a la población durante ocho dias, a razón de 90 litros por dia y habitante; y poco despues se añade que el agua turbia tarda en aclararse por el reposo mas de cinco dias. Pues bien; reduciendo el consumo diario al que tiene la ciudad de Madrid, que se cifra, cosa posible en todo tiempo y sumamente fácil en invierno, podrian los depósitos contener agua para dos dias. Estos depósitos están divididos en cuatro compartimientos que pueden aislarse por completo: dejando reposar alternativa y ordenadamente el agua en tres de ellos mientras se gasta la del otro, las materias que traiga en suspensión tendrán para sedimentarse siete u ocho dias, al cabo de los cuales, en casi todos los casos el agua estará perfectamente clara. ¿Qué es necesario para esto? Limitar un poco el gasto que hace el municipio, prescindiendo en caso necesario y transitoriamente de lavar las calles despues de las lluvias y de que corran por la noche las fuentes de vecindad, que llevan muchas veces a las alcantarillas el agua clara de los depósitos, causando luego al vecindario la molestia, por lo menos, de beberla turbia. No hace aún mucho tiempo hemos carecido de agua clara durante dos ó tres dias, porque el ayuntamiento ha empleado una cantidad considerable de la que habia, en lavar las calles y las alcantarillas, bien lavadas ya con la que las nubes nos habían enviado.

No tengo competencia para disentir con el autor del artículo acerca de si el agua turbia puede ó no perturbar el orden económico de las familias y ocasionar enfermedades y epidemias muy molestas. Dejero desde luego a su opinión por mas que haya habido y haya aún quien sostenga que el agua turbia es inofensiva y hasta conveniente para el estómago; pero como dice luego el artículo que destilando el agua se obtendría clara, y puede haber quien com-

Ayuntamiento de Madrid

prenda que de este modo se haría potable, puesto que el doctor Parada solo encuentra a la desfilación el inconveniente de ser cara, es indispensable advertir que el agua destilada y aun la simplemente hervida, es indispensable en todo grado y no se considera ni se ha considerado nunca por nadie aplicable como bebida. La mejor agua potable es la de río, precisamente porque es la que contiene disueltas mayor cantidad de gases que facilitan su digestión; y esos gases desaparecen en el momento en que se la hace hervir.

Luego a Vd., mi querido amigo, dé cabida en la hoja del próximo LUNES a estas líneas que creo podrán evitar algún error, y me repito, como siempre, su afectísimo y seguro servidor Q. B. S. M.,

LUIS BARINAGA.

Diciembre 10.

No hay tiempo de nada.

Prólogo.

—Cuando se vive en la buena sociedad no hay tiempo para nada!

Y sino que se lo pregunten a mi pobre amiga la señora de Andreu, una rubia preciosa, sin la cual los paseos no tendrían sol y los salones no tendrían luces, según la feliz expresión de uno de nuestros mas ocultos reventeros.

Esta mujer de moda, viuda de un banquero octogenario que se murió de tanto quererla, es el alma de nuestros círculos. Y para que nada falte a su felicidad, tiene una niña encantadora que cumplía seis años el día 9 de octubre...

Pero no; mi relación no va bien así; hecha de este modo no tendría interés, y voy a comenzarla de nuevo.

I.

Una esquelita diminuta me avisó el día 9 de octubre que la señora de Andreu me esperaba a almorzar.

Acudí con puntualidad inglesa. Ya estaban allí el general su cuñado, el gobernador su primo, sus amigas las niñas de la condesa que acababan de salir del *Sagrado Corazón*, y parece que allí han aprendido a mirar de reojo y a murmurar de sus mayores...

—Mi intimidad en la casa me permitió sorprenderme que el Elvira no se sentara a la mesa.

—¿Elvira? dijo su madre. La tengo mala.

—¿Qué tiene? preguntamos todos.

—Estuvo anoche en el teatro con su madrina, salió desahogada y cogió un catarro terrible. Esto me tiene disgustadísima. Recomendando a Vds. este salmón que me han enviado de la Cornia.

Almorzamos opíparamente. Mientras servían el café yo me escurri silenciosamente y me fui a ver a Elvira.

Su respiración era tan fatigosa que me puso en cuidado. Estaba a la cabecera de la cama una doncella que tenía cogida por los pies una muñeca *incassable* y se la enseñaba a la enferma diciéndole que era una duquesa que venía a visitarla.

—Vea Vd., señora duquesa, vea Vd. a la señorita Elvira que está malita, decía la doncella y acercaba el rostro de la muñeca al de la niña. Un besito a la señora duquesa, ¿cómo está usted, señorita Elvira?

La niña sonreía, pero no decía nada. Se le oía un ruido en el pecho a manera de continuado ronquido que me movió a preguntar:

—¿La ha visto el médico?

—Sí señor, respondió la enfermera, y ha dicho que volverá a las dos.

Volví al comedor.

II.

La señora de Andreu estaba diciendo a las niñas del *Corazón-Sagrado*:

—¿Si no hay tiempo de nada! Figúraos que ahora, así que tome el café, tengo que dejar a estos señores por dueños de la casa, y marcharme corriendo a las Carboneras...

—¿A las Carboneras? observé yo; ¿se va usted a poner perdida?

—¡Ah, judío! exclamó sonriendo mi amiga. Las Carboneras es un convento de monjas que hay en la plazuela del conde de Miranda. Hay allí hoy una función que costea la cofradía de... (aquí el nombre de la cofradía), y tengo que pedir de una a dos para los pobres.

El general ofreció ir a echar cinco duros en la bandeja.

—Después, continuó la señora de Andreu, tengo que ir a buscar a mi prima Tránsito, que ha llegado ayer de Granada, y no puedo dejar de enseñarle el Retiro y el Hipódromo; también tendré que llevarla a los toros, y luego devolvérsela a su marido, que, como diputado nuevo, estará toda la santa tarde en el salón de conferencias. Pues luego estoy convidada a comer en casa de la duquesa ya ven Vds., con la niña enferma; pero ¿quién se excusa a una cosa así? Y acabada la comida, ire a la Junta: esta noche tenemos junta de familia para eso del hospital... ya saben Vds., un hospital que ha fundado mi tía, y que va a ser el refugio de tanto desdichado...

Con que ya veis, queridas, añadió, que me es imposible ir con vosotras a ver a la condesa... decidle lo que me sucede, porque le extrañará, seguramente, que no vaya a verla hoy, novenario de la muerte de su madre... Pero ¿qué! ¡Si está una que no tiene tiempo de nada!

Dichas estas palabras, nuestra amiga se despidió, y nos quedamos los hombres solos; las niñas fueron a ayudarla a ponerse un sombrero, del que se había hablado mucho durante el almuerzo. Al poco rato se oyó un ruido como el de un trueno lejano. Era el coche, que entraba en el patio; este ruido se repitió a los diez minutos. Nuestra amiga había salido a cumplir sus obligaciones, que a fe no eran pocas.

III.

Yo soy un hombre tan distraído, que ruego a los transeúntes no se rían de mí si alguna vez me ven por la calle sin sombrero. Será que me lo he dejado en mi casa, o en la agena, o en la butaca próxima a la mía, si vengo del teatro.

Aquel domingo salí de casa de mi amiga dispuesto a irme a los toros, pero ya en la calle de Alcalá recordé que al dar al general mi tarjeta para que me enviase unos cigarros que me ofreció, había dejado mi cartera sobre la chimenea, y en la cartera llevaba el billete de la novena corrida.

Volví.

La casa estaba ya casi desierta. En el comedor, donde todavía enarrecía la atmósfera el humo de los últimos cigarros que habían fumado los convidados, había un criado recogiendo los mantos y cantando en voz baja.

Entre y vi mi cartera sobre la chimenea. Iba a salir de nuevo cuando entró la doncella y dijo rápidamente:

—Manuel, ve a buscar al médico.

—¿Qué pasa? pregunté yo entonces.

—La niña está mucho peor.

—A ver...

Y fui corriendo a la habitación de Elvira.

Efectivamente, estaba mucho peor.

Aquel ronquido sordo de antes, era ya un ataque de garrotillo en toda regla. La niña apenas respiraba, y el ruido del pecho era espantoso.

—Su madre... dije.

—La señora creía que esto era un catarro, y el médico también, dijo la doncella. ¿Usted sabe dónde ha ido la señora?

—Aguarde Vd. Primero a las Carboneras... después a la Castellana, luego... ahora está en la iglesia, de seguro.

La doncella salió a dar todas estas señas a criado, que se ponía con toda calma su chaqueta de botones de plata renegando de no poder irse a los toros.

IV.

Somos egoístas. Las penas ajenas no nos privan de divertimos.

—¿Debía yo quedarme en casa de mi amiga hasta que ella viniera?

Esto era lo piadoso, lo regular, lo humano; pero yo no lo hice, porque a la consideración de aquel grave caso, oprimía yo mismo una reflexión cruel, pero exacta:

—¿Voy a ser yo mas humano que la madre?

La corrida duró hasta las cinco y media; y al volver de los toros en lo alto de un ómnibus, donde ocho o diez amigos habíamos subido para disfrutar del espectáculo de la vuelta del público, vi a mi amiga en su *landeau*, llevando a la derecha a una muchacha encantadora, con quien iba hablando alegremente.

—Vámos, me dije, la niña no está peor.

Pero al llegar a la esquina de la calle de Cedaceros, vi al criado, a Manuel, que estaba parado en la esquina, mirando pasar los coches que volaban de la Plaza.

El ómnibus se detuvo. Saltamos a tierra unos cuantos, y me dirigí al hombre aquel, que contemplaba la multitud con la cara mas imbecil posible.

—¿Manuel! grité.

—Señorito, contestó él, acercándose.

Y antes de que yo le preguntase nada, me dijo:

—¿Ha visto Vd. a mi señora?

—Sí, ahora mismo, en la entrada del Prado...

—¿Cómo está la niña?

—No sé, señorito, estoy buscando a la señora desde que Vd. salió de casa. He ido a las Carboneras y acababa de marcharse; he ido al hotel de París, donde vive la señorita Tránsito, y también se habían ido; fui al Retiro y no he visto el coche.

En este momento me llamaron desde la acera de enfrente. Era un amigo, que me gritó:

—¿Aquí tengo un dinero para ti!

Naturalmente, dejé al criado con la palabra en la boca. ¡Lo que hubiera hecho todo el mundo!

V.

Aquella tarde comíamos en Fornos media docena de literatos y artistas. La comida era a las siete en punto en un gabinete reservado. Entré por el restaurant, cuando un *chist!* lanzado desde una mesa me hizo volver la cara y vi que quien me llamaba era el doctor Moreno, un médico que está en moda y a quien he conocido bailando rigodones a las horas en que los moribundos suelen hacer la última mueca.

—¿Cómo va?

—¡Bien! ¿Y Vd.?

—Bien, gracias. Ya sé que ha estado Vd. allá dijo el doctor.

—En dónde, ¿en los toros?

—En casa de la generala.

—Ah, sí Vd. es...

—Hemosido Perez y yo. A mi me han llamado porque vivo en frente, pero... (y se interrumpió para tomar una cucharada de sopa de tortuga) pero el médico de cabecera es el otro.

—¿Y qué?

—La niña está muy mala.

—¿Y la madre?

—Cuando yo salí no habían dado con ella. Allí quedó el otro; yo me escurrí, porque luego, ya sabe usted lo que pasa, ¿eh? Coma usted conmigo.

—No puedo, me esperan arriba.

—¿Qué hay de política?

—Nada. Adios.

—Adios.

Y subí a comer un si es no es pensativo.

VI.

La comida terminó a las nueve y media. Mis amigos se marcharon cada uno por su lado, y yo, que iba al teatro, tenía que pasar por casa de mi amiga.

Al llegar al portal observé que estaba media puerta cerrada.

—¿Cómo está la niña? le pregunté al portero.

—Muriéndose.

—¿Y la señora!

—Acaba de llegar.

—¿Por fin! exclamé.

Subí. No se recibía a nadie. La doncella, que pasaba por la antecámara con una taza de tía, me vió y me dijo:

—¿Ha visto usted qué desgracia?

—¿Y la señora?

La señora está con el ataque de nervios. No ha llegado a tiempo y...

—Ah, ¿no?

—No señor; como ha sido en un día tan ocupado para ella...

—Es claro, dije yo bajando las escaleras y repitiendo las palabras que por la tarde había oído a la pobre señora mis amigos. Cuando se está en moda... no hay tiempo de nada.

EUSEBIO BLASCO.

Las lámparas eléctricas de Reynier.

Los aparatos de incandescencia parecen los llamados a resolver el problema de la división de la luz eléctrica; pero aun en estos aparatos hay que considerar varios sistemas, según que se utilice la disminución de la sección del conductor, la incandescencia de carbones de diferente sección, en cuyo punto de contacto se produce un pequeño arco voltaico, o la combustión de cuerpos poco conductores; el primer sistema pertenece al aparato de Edison, al segundo el de Reynier y al tercero el de Ja-

blonchhoff. El primer sistema es inaplicable, en cuanto la corriente eléctrica determina una gran elevación en la temperatura del conductor; el tercero no es utilizable, sino en el alumbrado de la vía pública, o de locales de gran extensión, como fábricas y minas; los aparatos inventados por Reynier parecen los destinados a servir para los usos domésticos.

No pienso que en el porvenir ha de estar limitado el

uso del alumbrado eléctrico a calles y plazas, almacenes, comercios y fábricas, sino además ha de extenderse al interior de las habitaciones.

Los usos domésticos de la luz eléctrica no requieren ni máquinas de gran fuerza, ni lámparas de luz demasiado viva y concentrada. A semejanza de lo que se hace con los timbres eléctricos, para los cuales basta una pila de corriente, si constante, poco intensa, se necesitará un motor de muy poca fuerza, en el que podría utilizarse el gas que hoy sirve para el alumbrado, y luego una máquina magneto-eléctrica que produjera una corriente de suficiente intensidad para que en ella pudiesen establecerse tantas derivaciones cuantas fuesen los focos de luz que se necesitasen de un modo idéntico al que se emplea para los llamados eléctricos; cada una de estas derivaciones correspondería a un aparato que no debe ser de gran tamaño ni dar una luz que por lo demasiado intensa moleste y al mismo tiempo que reúna ventajas de economía y claridad que le hagan superior al gas que hoy se emplea.

En el año de 1873 empezó Reynier una serie de curiosos estudios cuyo resultado ha sido un aparato o lámpara eléctrica, modificada por él mismo en agosto de este año, que parece muy a propósito para los usos domésticos de la luz eléctrica. Indudablemente la luz eléctrica se produce por la resistencia que opone el circuito al paso de la corriente, resistencia que se pensó sería útil para producir luz, disminuyendo en un punto cualquiera la sección del conductor; mas este sistema ha tenido un fracaso completo, desde el punto en que ha podido notarse la excesiva cantidad de calor desarrollado; el fracaso de este sistema hace pensar si acaso podría utilizarse la incandescencia en el punto de contacto de dos carbones; por que entonces, al efecto luminoso obtenido se uniría la luz del pequeño arco voltaico, producido por las repulsiones de los elementos de la corriente. Para conseguir este fin hay que disponer el mecanismo de los aparatos de modo que el carbon solo se quemé por un extremo, a cuyo fin la corriente no ha de atravesarlo en toda su extensión, y además la marcha de aquel ha de ser lenta y progresiva, regulada por un sistema sencillo que haga a los aparatos de fácil manejo.

He aquí cómo ha conseguido Mr. Emilio Reynier estos resultados; dispone, en primer término, una varilla de carbon muy delgada y móvil, que apoya por su extremidad afilada en un cilindro de carbon perfectamente fijo; el peso del porta-carbon constituye todo el sistema regulador. Lo principal y mas importante consiste en disponer la corriente de modo que no atravesase el carbon en toda su longitud; pues si no todo él, a causa de su pequeño diámetro, se pondría incandescente. Para conseguir que la incandescencia se limite a una pequeña porción, cerca del extremo de la varilla que toca al cilindro fijo, se disponen las cosas de manera que la guía, que sirve para mantener vertical la dicha varilla y el punto de contacto de ella con el cilindro de carbon fijo un poco excéntrico, sea, al mismo tiempo, la continuación del electrodo que trae la corriente positiva, que vuelve al generador por el carbon fijo y su soporte.

La primitiva lámpara de Reynier, que tiene todo el aspecto de un quinqué de elegantes proporciones, se compone de una columna hueca de latón en la que entra, a frotamiento suave, articulándose con dos sistemas de poleas, la barra preparada del porta-carbon; la varilla de carbon, sobre la que esta pieza se apoya, tiene dos milímetros de diámetro, y su extremidad libre va a apoyarse sobre un cilindro de carbon sujeto a la columna que sostiene el aparato; una guía metálica, provista de un freno muy sencillo, mantiene la varilla a una distancia de seis milímetros del cilindro y lleva la corriente positiva según antes he indicado. Cuando la varilla, por consecuencia del gasto, se baja, como el contacto es excéntrico, imprime un pequeño movimiento al cilindro, y las cenizas, depositadas en su superficie, cerca del contacto, caen, evitando de este modo interrupciones en la intensidad de la luz.

El aspecto de esta lámpara, cuyo foco luminoso va cubierto con un globo de vidrio esmerilado, responde perfectamente a su objeto, y reparte una luz agradable, muy clara y que no ofende, aun a los ojos mas delicados; si el carbon está bien preparado, entonces la luz es de una blancura perfecta y muy parecida a la claridad de la luna llena.

El último modelo difiere bastante del que he descrito, sino por su forma, por su mecanismo; el aparato presentado en agosto último a la Sociedad de física de París era horizontal y estaba dispuesto sin cuidados del mecanismo que debía imprimir movimiento a la varilla de carbon, cuidando únicamente de que esta toque ligeramente a una pieza de grafito natural, sin movimiento alguno; la guía o contacto lateral está montado sobre una palanca, articulada con un resorte en espiral, que le comprime un poco contra el carbon. La incandescencia se determina entre los dos contactos, cuya distancia no ha de pasar de ocho milímetros, y en estas condiciones se obtiene un foco de luz que equivale de 10 a 15 lámparas Carcel.

El funcionamiento de estos aparatos con corrientes débiles y no gastar mucho carbon, dando una luz de excelentes condiciones, pienso que son razones para creer que las lámparas Reynier son las llamadas a utilizarse en los usos domésticos, cuando se realice la generalización del alumbrado eléctrico.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.

Diciembre 2 de 1879.

Paris.

Entre la nieve.

Desde hace ocho días, la nieve cae sin cesar; Paris ha tomado el aspecto de una ciudad rusa; edificios, parques, calles y plazas, todo está cubierto de nieve blanquísima y pura; solo algunas profundas veredas, entre cuyas orillas la mitad del cuerpo humano desaparece, dejan paso a los transeúntes que se arriesgan a cruzar Paris a pie; por los boulevares y avenidas se ven aparecer a cada instante los trineos deslizándose veloces sobre la blanca superficie, donde apenas dejan surco; algunos teatros han cerrado sus puertas; otros, en cambio, prestan refugio agradable a tantos seres como en Paris se encuentran sin familia ni hogar; la diminuta sala de Varietés alza entre este espeso y frío sudario la bandera de la victoria; la Judic con sus gracias, Hennequin y Millaud con sus chistes y Hervé con su ligera música, triunfan de la nieve manteniendo la animación y la vida sobre la alta vertiente del boulevard Montmartre; todo hace creer que *La femme à papa* ha de sobrepasar el éxito de *Niniche*, tan brillante ha sido su primera representación. Pero si estos aparatos de ese centro, cuyo movimiento y cuyo ruido nada pudo jamás extinguir, ni la temperatura a 20 grados bajo cero, ni el estallido de las bombas prusianas; aun percibís el último eco del zumbido de aquel enjambre jamás disperso ni ante la metralla ni ante la noche, y empezáis a encontrar calles solitarias y sombrías; el gas, en muchas, se ha helado; los edificios parecen gigantescos sepulcros; sostenerse en pie es difícil; el mas pequeño golpe es una herida, la caída mas leve, una fractura.

En varios sitios la municipalidad distribuye palas y piquetas y abona un jornal a cuantos quieren tomar parte en esta lucha contra la densa envoltura que nos oprime. Las gentes acuden a millares y se ponen a la obra; combaten con una heroicidad pasmosa; una capa de nieve desaparece; a algunos el frío les traspasa y vacilan; pero consiguen reanimarse y redoblan sus esfuerzos; otra capa de nieve es levantada; descúbrense a trechos las losas de la acera; los transeúntes, sin aguardar a que el trabajo esté concluido, se lanzan a pasar por allí, resbalan y caen; muchos se indignan contra los valerosos obreros y exclaman:

—¡Sois unos imbeciles! ¡Dejad la nieve como está y transitaremos mejor!

Los obreros contestan: —¡Dejadnos concluir nuestro trabajo! ¡Tened un poco de paciencia, y en cuanto terminemos transitaremos sin peligro alguno!

Es lo que sucede a los obreros de la civilización: luchan como héroes levantando las heladas capas del mundo antiguo; apenas se percibe el piso, la sociedad echa a andar sin cuidarse y a veces resbala y cae, maldiciendo a los que trabajan por ella. Estos deben contestar también:

—Aguarda a que nuestro trabajo esté concluido y entonces marcharás en firme!

En las filas de este ejército libertador que en los momentos actuales combate sin descansar por devolver a Paris la plenitud de su brillo y de su grandeza, hay algunos individuos cuyas fisonomías, y cuyos trajes revelan que es la primera vez que aquellas manos han cogido la piqueta y la pala. ¡Qué conmovedores! ¡Acasos llevarán algunos en sus corazones! ¡Acasos una madre anciana, yerta de frío, quizás una familia entera que pide pan, tal vez un niño de pocos meses a quien no solo falta el calor de un seno benéfico, sino tambien el parco alimento cotidiano, han decidido a echar por la ventana su orgullo a ese hombre bien vestido y de finos modales que trabaja tirando sobre la nieve!

Cuando se piensa en los ocho días que van desde que la gran ciudad se sintió herida del terrible azote; cuando se ve tantos trabajos paralizados y seacuarda uno de esos millares de obreros que pueblan los barrios de Grenelle, Montrouge, Belleville y Menilmontant; cuando se contempla en todo su horror esta miseria que una semana, sin salario, arroja sobre cien mil obreros, el ánimo se contrista y el corazón se desgarras. La crisis es tremenda; esos obreros en general no tienen ahorros, ni muebles, en ropas sobre qué pedir prestado; y duele mas todavía el espectáculo que estos infelices trabajadores presentan cuando se considera que ellos son los que han hecho brotar como por encanto estos magníficos jardines que son el mas gracioso y bello adorno de la capital del mundo, ellos, los que con su sudor han amasado estos soberbios edificios, estos monumentos grandiosos, sobre los cuales irradian con luminosos esplendores el gusto y el arte del siglo diez y nueve, y el espíritu de la civilización moderna.

Pero el Paris rico y grandioso no ha olvidado esta vez a ese otro Paris pobre y sombrío sobre el cual la desesperación bate sus negras alas. La explosión de caridad no ha tenido límites. Solo la suscripción de un periódico, el *Figaro*, ha producido en cuatro días mil duros; en un solo día el *Petit Journal* y la *France* han reunido la cantidad suficiente para desempeñar todas las mantas, colchones y abrigos del Monte de Piedad y sus sucursales; los asilos nocturnos se multiplican; calentadores públicos son establecidos en todos los barrios. La miseria de los niños ha tenido el privilegio de inflamar a todos en caritativo ardor; sabido es que la mujer en Paris y en toda Francia trabaja, por lo menos, tanto como el hombre; a la pobre obrera le es imposible alimentar a sus pechos a sus tiernos pequeñuelos; a medida que la familia va aumentando, la necesidad redobla sus golpes a las puertas del hogar; las necesidades son caras; llevar el niño a los asilos del Estado seria dejar el hogar a oscuras y el amor sin poesía. Las madres que se ven en este duro trance han hallado un recurso para retener al niño en casa; este recurso es la lactancia artificial; una portera, una vecina anciana, una hermana mayor se encargan de mantener a la infeliz criatura.

Pero cayó la terrible nevada; Paris quedó bloqueado; la leche faltó, y al cundir la horrible nueva, en miles de hogares se levantó desgarrador alarido. Nadie pensó en sí; fijáronse todas las miradas en los débiles e inocentes seres que, al despertarse, en vez de gustar la dulzura de la leche en sus labios, sentían la amargura de las lágrimas y tendían al espacio sus manos sonrosadas como pidiendo al cielo piedad y misericordia. ¡Qué extraño es que el primer dolor haya sido inspirado por esos tiernos pequeñuelos! Ellos ejercen entre nosotros una gran misión, la del consuelo: la mas importante que existe sobre la tierra.

Paris bloqueado es espectáculo que arroja sobre el ánimo una gran pesadumbre; se ve a no se cree. Diríase que se asiste a una gigantesca decapitación. La nieve, al aislar la gran ciudad, lo que ha hecho es separar una cabeza del tronco que animaba. Así como Paris no puede vivir sin el mundo, preséntese aquí dentro que el mundo tampoco puede vivir sin Paris; el ánimo afligido vislumbra entre las sombras que lo oscurecen la ansiedad con que se aguardan los primeros latidos de este gran corazón rebro.

No creais que Paris, cuando está bloqueado, olvida un instante los generosos deberes que le imponen la luz de su espíritu y el apogeo de su grandeza; mientras la nieve caía, mientras el grito de la miseria resonaba de barrio en barrio, de calle en calle, todas las inteligencias que animan esta poderosa prensa parisienas, dabanse cita en la sala del Zodiaco, para imprimir un último impulso a la grande obra de caridad que Paris va a llevar a cabo el jueves próximo en auxilio de los desgraciados de Murcia. La fiesta del Hipódromo va a ser la mas deslumbrante maravilla que Paris pudo presenciar nunca.

Ya la locomotora rompe la enorme muralla que nos cercaba; ya el telegrafo nos trae en sus alas eléctricas el saludo de un mundo ausente que aguardaba nuestra resurrección. ¿De dónde viene la primera palabra? ¡De la pobre Alsacia que recuerda a Paris el aniversario del incendio de Chatenois, y anuncia la elevación de un monumento a la Caridad! ¿Y el segundo saludo, de dónde viene? ¡De Murcia, que cede la mitad de su socorro a los pobres de Paris!

¡Ah! La gran puerta del porvenir se abre a dos batientes; es la Caridad la que ha hecho resonar en ella los primeros alabonazos!

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

Paris 11 diciembre 1879.

Imp. de EL LIBERAL, a cargo de L. Polo, Almudena 2.